Leopoldo de Luis (1918-2005) es para muchos, por encima de otras cosas, el antólogo del socialrealismo, al que quedó vinculado por la publicación de una muy célebre antología; y, todo lo más, el editor de Miguel Hernández, en tiempos en que la solidaridad con el oriolano suponía un estigma ideológico. Aunque ello ha podido dejar en la sombra su actividad como poeta, desde luego esta no puede encerrarse mayoritariamente en las celdas del socialrealismo. Él ha atravesado numerosas estancias de la poesía desde los años cuarenta hasta el tercer milenio, razón por la que resulta en alguna medida discrecional tratarlo aquí o allí: el último de sus más de treinta libros, *Cuaderno de San Bernardo*, aparecía en 2003, el mismo año en que, solo dos antes de su muerte, se reunía toda su poesía en *Obra poética (1946-2003)*.

Es fácil asimilar a Leopoldo de Luis a la lírica socialrealista, pues, si no hubiera razones bastantes en relación con su tarea de teórico y antólogo de dicha escritura, varios de sus libros de creación corresponden a ese dominio. Aceptando esta ubicación estética en la medida que toca, han de subrayarse, no obstante, dos rasgos inesquivables: el primero tiene que ver con su talante eminentemente existencial y pesimista, que no solo supone un tramo cronológicamente anterior al de la poesía social que escribiera, sino que constituye el lecho en el que se asienta toda otra formulación lírica suya; el segundo se refiere a que, frente a la asumida desatención de muchos cultores del socialrealismo a

los aspectos artificiosos de la poesía, la suya es siempre de una retórica bien armada, y en determinadas zonas conecta con la lírica clasicista (su último libro, ya citado, es un sonetario).

A pesar de que, como su amigo Miguel Hernández, hubo de pasar por las estaciones dolorosas de la derrota bélica y de la cárcel, Leopoldo (Urrutia de primer apellido, convenientemente ocultado) de Luis consiguió con dificultad reinsertarse en la España de la posguerra, en cuyas principales revistas colaboró: *Ínsula, Cántico, Espadaña*, etcétera. Su primer libro, *Alba del hijo* (1946), puede parecer una excepción a la entonación dolorida de su aludido humanismo existencial, como si el poeta hubiera ido a buscar lenitivos para el dolor en la prosecución de la vida señalada por el nacimiento del hijo. A partir de ahí, sus títulos siguientes acentúan la médula dolorosa que, procedente de la guerra pasada, se evidencia como un elemento de su ser creativo. Así se percibe en libros como *Huésped de un tiempo sombrío* (1948) y, más aún, en *Los imposibles pájaros* (1949). El símbolo de los pájaros funciona, de manera pareja al ángel lastrado de cadenas de Blas de Otero, como una constatación de la caída al suelo de aquellas ilusiones de la niñez, según lo expresa en el poema de apertura: «Aquel niño no tiene / hoy su mirada de antes. / El corazón vestirse / de almendros ya no sabe. / [...] Pájaros imposibles. // Lo que he perdido nunca / volverá con las aves».

Otros libros continúan horadando en esta existencialidad, que en él no implica voz bronca ni arrebato tremendista, progresivamente orientada a una dimensión colectiva. El enunciado del título en *Teatro real* (1957) es casi un oxímoron, en cuanto que opone el tópico del *theatrum mundi*, la vida como construcción escenográfica, a la palmariedad de su condición *real*. En este libro, como en los que le seguirían (*Juego limpio*, 1961; *La luz a nuestro lado*, 1964), la entonación social adquiere una formulación eminentemente objetual, en que las tareas de la vida cotidiana y los objetos artesanales o fabriles (el papel y la tinta, la madera y el plomo) se disponen como los ingredientes de una epopeya menuda que se organiza sin alzar la voz, para hacer patria a resguardo de banderas: «Cada uno hace la patria / con lo que tiene a mano: la sumisa / herramienta, los vivos materiales

/ de su quehacer, un vaho de fatiga»... Aunque suele el autor evitar las ingenuidades expresivas, a veces le resulta imposible no caer en ellas: «Mientras exista un niño sin pan y sin sonrisa, / yo renuncio a la Luna». El poeta avanza por los cascotes del pasado, concretado en la guerra y la represión subsiguiente, que obstinadamente le asalta: «Mi corazón ha sido fusilado. / No se fusila nunca a un hombre solo».

Así como la primera desolación existencial desembocó en una poesía coral y realista, los libros posteriores marcaron una senda de retorno a temas tan personales como universales que se asientan en el seno del humanismo conflictivo: la asunción del interrogante sin respuesta, la soledad humana, la fugacidad...; también, en la vertiente contraria, la gratitud por los dones de la vida. Así se percibe en títulos como *Igual que guantes grises* (1979) o *Una muchacha mueve la cortina* (1983).

Algunos de sus libros finales están gobernados por ideas programáticas, sin que ello suponga incurrir en poesía dogmática o meramente circunstancial. El grueso de *Aquí se está llamando* (1992) es un conjunto de sonetos en que Leopoldo de Luis glosa o recrea motivos de una treintena de poetas contemporáneos, de Miguel de Unamuno a Guillermo Carnero. Algo semejante intenta en el opúsculo *Poesía de postguerra* (1997) y, sobre todo, en *Generación del 98* (2000), cuya condición metódica no excluye que, desembarazado de las ligaduras del soneto y dado al versículo, alcance algunas cimas de toda su escritura, que se bambolea entre el desnudo realismo, a veces árido y descriptivo, y el sonambulismo onírico; baste, para quien quiera comprobarlo, la lectura de «José Martínez Ruiz atraviesa la Mancha» o «Atravesando Castilla bajo la lluvia».